

para señalarlas. Shakespeare lo ha dicho: «Mientras más poderoso es el hombre, más inspira su conducta veneración ú horror; pues la infamia supina se adhiere al rango más alto. Si las nubes velan la luna, su desaparición se nota al punto: los pequeños luminares, por el contrario, pueden ocultarse impunemente.»

Cuestión es esta, de todos modos, aunque gravísima, ajena al arte, y que á la vuelta de algunos años nadie tomará en cuenta para apreciar el mérito artístico de la novela del P. Coloma. Hoy no diré que no contribuya á su prodigioso despacho en las librerías, ni que no trascienda, según fama, hasta las deliberaciones del Consejo de ministros. La crítica literaria tiene que dejarla aparte, y limitarse á saludar en el P. Coloma á un maestro. Ojalá los superiores del Padre sigan disintiendo del Santo, que escribía: «Las novelas son como las setas, que la mejor no vale nada». Así logrará el autor de *Pequeñeces* la sanción definitiva del gran artista: — la fecundidad.



SIGNO DE LOS TIEMPOS¹.

«La dignidad del que manda está siempre en relación con la de sus súbditos. Mandar en un rebaño, como el pastor, poco vale; mandar á esclavos, antes es desdicha que honra; pero hay algo superior al ejercicio del poder, hasta sobre un pueblo libre, y es reinar sobre la razón, la opinión y la inteligencia, que son las más nobles facultades del alma.»

BACON DE VERULAMIO.

«En política, ¿qué valen las leyes sin las costumbres?»

FRANKLIN.

HE aquí lo que contestó á mi epístola el más sesudo de mis corresponsales:

«Querida y sin razón alarmada señora: su muy estimable carta me revela toda la

¹ Escrito este juguete, leo un ingenioso «Plato del día» de Mariano de Cavia, sobre el mismo asunto. Titúlase *Tayllerand y Pantorrilles*, y se lo recomiendo á los que, leído el mío, quieran mejorar de suerte.

extensión de su inocencia respecto á zandajas políticas. Ha tomado V. el cielo con las manos, y se ha velado la faz... ¿por qué? Porque unos cuantos miembros del Gabinete que preside D. Antonio Cánovas del Castillo prodigaron estos días grandes y públicas demostraciones de cortesía y afecto á Pantorrilles, el célebre cacique de Castellón, obsequiándole con un banquete en Lhardy, á que asistieron los susodichos ministros. Para convenirse de lo perturbada y ofuscada que se encuentra la inteligencia de V., fijese en que la base del escándalo que V. manifiesta, no es otra sino el especialísimo traje y aspecto exterior del cacique. Me dice V. que el hombre iba con su zamarrá, su calzón corto, sus alpargatas y su sombrero en figura de seta; que en este mismo arreo penetró en el santuario de las leyes, donde á los simples mortales se les exige la chistera clásica; que así se paseó por todo Madrid, más festejado que un embajador, y que así partió el pan y la sal con sus anfitriones. Diantre; ¡ y yo

que creía que esa misma patriarcal sencillez del vestir en el cacique castellonense iba á hacerle muy simpático á sus ojos de V.!

Nada; Vds. las personas impresionables, nunca se sabe por dónde van á tomar las cosas. Si acierta á darle á V. por comparar á Pantorrilles con aquel personaje de Lope,—Tello de Meneses el viejo,—capaz sería V. de probarnos que nada tan poético y loable como esa constancia en aparecer ante la corte trajeado lo mismo que en el pueblo, y diciendo en romance:

« Dejad al señor las galas
Y á los soldados las plumas;
Volved al paño y la abarca,
Que yo soy mejor que vos
Y tal vez los pies me calzan
Por el riguroso Enero
Las nieves de las montañas,
Y en Junio las canas cubre
Algún sombrero de paja;
Que de agradecido al trigo,
Lo pongo sobre estas canas.»

Ahora se le ha antojado á V., lejos de descubrir la poesía villanesca de la abarca y del paño, ver, en lo que Tello de Meneses hacía por modestia y templanza filosófica, una especie de reto procaz á la opinión, reto en que se mancomunan la maliciosa soberbia del rústico señor feudal de una provincia y el protervo desprecio de la humanidad que caracteriza á buena parte de nuestros políticos. De tan mal humor escribe V., que llega al extremo de suponer que todos los días arrojan los trenes sobre el pavimento de las calles madrileñas, no sólo á honradísimos y acaudalados labradores, sino á industriales en gran escala, á modestos sabios dedicados á la enseñanza en los Institutos y Universidades de provincia, á virtuosos eclesiásticos, á caballeros dignísimos, que supieron guardar consecuencia á las instituciones que nos rigen, cuando esas instituciones eran arrastradas al destierro entre el silbido de la veloz locomotora..., y que, sin embargo ninguno de esos ciudadanos útiles á la pa-

tria y que la honran y sirven cada cual desde su esfera, ha logrado distinciones.... ¿qué es decir distinciones? ¡Ni pronto acceso en la resguardada cámara ministerial, cuando hubieron de pudrirse en la antecámara para pedir en justicia la conveniente reforma ó el despacho de algún expediente ya fósil! Y fundándose en estas malignas presunciones, explica V. la apoteosis de *Pantorrilles* con otro pasaje de la misma comedia :

«... En un librito he leído
Que en un jumento llevaban
Una diosa, que adoraban
Con el respeto debido
Los que la vían pasar
Hincándose de rodillas ;
Cuyas altas maravillas
Pudo el jumento pensar
(Como, en fin, era jumento)
Que eran por él, y paróse.
Viéndolo el dueño, enfadóse
Del soberbio pensamiento,
Y pegándole muy bien,
Le dijo, con voz furiosa :
«No es á ti, si no á la diosa».
Y así, pidiendo primero

Del compararte perdón
 Las honras del Rey no son,
 Tello, á ti, sino al dinero.»

V. también empieza por pedir; con mucha urbanidad, excusa por la comparación, y luego dice V. que el hincarse de rodillas tan altos personajes cuando pasa el Cosi, no es por él, sino por la Diosa Influencia que lleva á cuestras el insigne patán; pero esa consideración no aminora su enojo de V., pues el «debido respeto» á esa Diosa infernal le parece á V. un fetiquismo ó adoración de la materia, muy característico del giro salvaje que han tomado nuestras costumbres políticas desde que son tan risibles las convicciones y tan bufo eso de creer, pensar y solicitar algo que no sea el apaño propio.

Señora, señora; mire V. que se trata de una pueril cavilación de su ánimo, obcecado en el momento presente. V. atribuye importancia á la ovación ministerial del Cosi, sólo por el maldito detalle, puramente externo, del paño pardo y las abarcas. Á cada momento tenemos en Madrid

cacicazos de tomo y lomo, procedentes de todo el imperio hispano: los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, y los que en el Miño se chapuzan, persiguiendo al verdinegro escurridizo anguilucho: todos ellos reciben agasajos, proporcionados al número de actas que pueden regalar ó empollar dulcemente; sólo que, como pagan tributo á la ley social y cubren sus torsos con la levita y embuten sus extremidades en la curtida piel, ni V. ni nadie se fija en las atenciones, galantería y llaneza que con ellos derrocha un ministro. ¡Ah, señora! ¡Cuestión de forma, de apariencia, de exterioridad y de puerilidad por lo tanto!

V., que preveía mi objeción, me sale por un registro ya anticuado y mandado retirar. Dice V. que en toda acción reprehensible caben dos males: el de la ac-

ción en sí, y el del escándalo que ocasiona; y que este mal es tanto mayor, cuanto más resonante sea el bofetón á la conciencia pública. En esta circunstancia,—añade V.,—el bofetón coge los dos carrillos, resuena como un cañonazo, y la exterioridad del traje es el *Inri* afrentoso que pregona á toda España el estado de nuestras costumbres políticas. Quien vea mano á mano al omnipotente paleta y á los más altos funcionarios, en el orden gubernativo, de la Nación, preguntará—según V. afirma—si ese hombre trajeado á la usanza labradoresca es algún benemérito de la patria, algún alcalde que en horas de inundación ó epidemia sostuvo á su comarca con riesgo de la hacienda ó de la vida, algún héroe que vestido de sus honradas obras, puede, no codearse con el paño fino de las levitas, sino eclipsar el raso bordado de perlas de la opulenta dama. Y cuando el ciudadano que tal pregunte se entere de la verdadera personalidad del *Abuelo*.... ¡Señora, señora mía, que está V. viendo visiones á fuerza de

candor! ¿Ó se hace V. la ingenua? Porque increíble me parece que escriba V. con seriedad todo eso del escándalo y del bofetón y de la pregunta. No hay escándalo donde nadie se escandaliza; no hay preguntas donde todo el mundo está de vuelta, y no hay ofensa á la conciencia pública donde á nadie le importan dos cuartos de ajonjolí tales sucesos. ¿Escandalizaría el blasfemo en tierra de sordos? ¿Importaría salir como Adán en el Paraíso en tierra de ciegos? Vamos, que, ó V. se chupa el dedo, ó quiere que nos lo chupemos los demás.

Pantorrilles no es *Pantorrilles*. Es un signo de los tiempos. Es un hombre providencial. Puede decir como Atila: «¡Yo marchó y Dios me empuja!» La musa de la Historia, la mal engestada y chismosona Clio, se ha dejado en la guardarropía su manto de raída púrpura, á fin de embutirse en la zamarra del árbitro de nuestros destinos legislativos. ¡Paso á la Historia, señora! ¿Imaginó V. que se escribía con punzón de fuego sobre table-

tas de mármol? No; los anales de nuestra era los trazará con pluma de palmípedo, mojada en tintero de asta, el fiel de fechos de Castellón.

De V. afectísimo, aunque contrincante

EL LECTOR DE CORIA. »



JUICIOS CORTOS

MÁS NOVELA CATÓLICA ¹.

Á manera de columna barométrica, el libro del Sr. Polo y Peyrolón, que acabo de recibir y leer, me sirve para comprobar la observación que me sugirió el del P. Coloma: que en la literatura católica se inicia un provechoso cambio. Más de una vez indiqué privadamente al Sr. Polo, persona muy digna de aprecio, escritor castizo, buen discípulo de Fernán, que advertía en sus obras novelescas cierto temor y empacho que sólo podía atribuir á escrúpulos religiosos, y que en mi entender ganaría bastante si

¹ *Quien mal anda, ¿cómo acaba?*: novela, por D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN, con el retrato del autor, y apuntes biográficos, bibliográficos y críticos.—Valencia, 1891.